

grano, en particular, hubieran bastado para el consumo de muchos años en los distritos adyacentes (1). Todos los años hacían un inventario de los diferentes productos del país y de los puntos productores los empleados de la corona, y luego lo consignaban en sus registros los *quipucamayus* con asombrosa regularidad y exactitud. Estos registros se transmitían a la capital y se sometían al Inca, que así podía con una sola ojeada abrazar todos los resultados de la industria nacional, y ver hasta qué punto correspondían con las necesidades del gobierno (2).

Tales son algunas de las particularidades más notables de las instrucciones peruanas en lo relativo a la propiedad, según el testimonio de autores, que aunque se contradicen en los pormenores, están conformes en los rasgos principales. Estas instituciones son realmente tan notables, que apenas se puede creer que se hubiesen puesto en práctica en toda la extensión de un gran imperio, y durante un largo período de años. Sin embargo, prueba este hecho el irrecusable testimonio de los españoles que desembarcaron en el Perú en tiempo oportuno para verlas funcionar; algunos de ellos, hombres que habían alcanzado altos puestos en la magistratura, fueron comisionados por el gobierno español para hacer investigaciones sobre el estado del país bajo el cetro de sus antiguos dominadores.

Las contribuciones que se imponían al pueblo peruano parecen haber sido bastante considerables. Sobre ellos recaía exclusivamente la carga de sostener a su propia clase si no a todas las demás del Estado. Los individuos de la familia real, la altanobleza, hasta los funcionarios públicos, y el numeroso cuerpo del sacerdocio, todos estaban libres de contribuciones (3). El pago de todos los gastos del gobierno recaía en el pueblo. Sin embargo, esto no se diferenció mucho del orden de cosas existente en otros tiempos en casi toda Europa, donde las varias clases privilegiadas exigían, es verdad que no siempre con buen éxito, que se las eximiese de sostener una parte de las cargas públicas. La gran desventaja relativa del peruano, era que jamás podía mejorar su condición. Sus trabajos eran para otros más bien que para sí mismo. Por industrioso que fuese no podía aumentar un ápice a sus posesiones, ni subir en lo más mínimo en la escala social. No sentía el gran estímulo del trabajo, que es el deseo de hacer más agradable nuestra condición. La gran ley del progreso humano no le alcanzaba. Como nacía, así estaba destinada a morir. Ni a su tiempo mismo podía considerarlo como suyo. Sin dinero, con escasa propiedad de cualquier clase que fuese, ni pagaba sus contribuciones en frutos (4). No es extraño, pues, que el gobierno considerase la pereza como un crimen. Era un crimen contra el Estado, pues que en cierto modo perder el tiempo era defraudar el tesoro. El peruano, trabajando toda su vida para otros, podía compararse al presidiario que todos los días desempeña la mis-

sogas, de vasos de palo y platos de oro y plata que aquí se halló era cosa de espanto.» Pedro Pizarro, Descub. y Conquista, MS.

(1) Para diez años algunas veces, si hemos de creer a Ondegardo, que tenía medios para informarse bien. «E así cuando no era menester se estaba en los depósitos é había algunas veces comida de diez años... Los cuales todos se hallaron llenos, cuando llegaron los españoles, desto y de todas las cosas necesarias para la vida humana.» Rel. seg., MS.

(2) Ondegardo, Rel. prim., MS.

«Por tanta orden é cuenta que sería dificultoso creerlo ni darlo á entender como ellos lo tienen en su cuenta é por registros é por menudo lo manifestaron que se pudiera por estenso.» Idem, Rel. seg., MS.

(3) Garcilaso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. XV.

(4) «Solo el trabajo de las personas era el tributo que se daba, porque ellos no poseían otra cosa.» Ondegardo, Relación prim., MS.

ma tarea penosa y triste, sabiendo que por útiles que sean sus esfuerzos al Estado, nada le producen á él.

Pero esta es la parte sombría de la pintura. Si ningún hombre podía llegar á ser rico en el Perú, tampoco ninguno podía llegar á ser pobre. Ningún pródigo podía gastar sus haberes en ruidosas diversiones y en lujo. Ningún atrevido especulador podía arruinar á su familia con especulaciones aventuradas. El objeto constante de la ley era establecer un trabajo tranquilo y prudente manejo de los negocios. No se toleraban mendigos en el Perú. Cuando un hombre quedaba reducido á la pobreza por sus desgracias, que jamás podía ser por su culpa, la mano de la ley acudía á suministrarle socorro; no el socorro mezquino de la caridad particular, ni ese que derraman gota á gota los fingidos depósitos de la caridad pública en ciertos países, sino un socorro generoso y abundante que no humillaba al que era objeto de él y que lo colocaba al nivel de sus demás paisanos (5).

Ningún hombre podía ser rico ni pobre en el Perú; pero todos podían disfrutar y disfrutaban de lo necesario. La ambición, la avaricia, la afición á cambiar de objetos, el descontento, todas las pasiones que mas agitan á los hombres, no encontraban abrigo en el corazón del peruano. La misma condición de su existencia parecía oponerse al cambio. Recorría el mismo círculo que sus padres habían recorrido antes que él, y en que habían de seguirle sus hijos. La política de los Incas consistía en infundir en sus súbditos un espíritu de obediencia pasiva y de tranquilidad, una conformidad completa en el orden de cosas establecido. En esta parte alcanzaron un éxito completo. Los primeros españoles que visitaron el país aseguran enfáticamente que ningún gobierno podía ser más acomodado á la índole del pueblo, y que ningún pueblo podía parecer más satisfecho con su suerte, ni más amante de su gobierno (6).

Los que desconocen de las relaciones sobre la industria peruana, pueden disipar sus dudas recorriendo el país en que floreció. El viajero encuentra aun, especialmente en las regiones centrales de las llanuras elevadas, muchos vestigios de otra época; restos de templos, palacios, fortalezas, montañas terraplenadas, grandes caminos militares, acueductos y otras obras públicas, que, sea cual fuere el grado de ciencia que se descubra en su ejecución, lo asombran por su número, por el aspecto macizo de los materiales, y por la grandeza del plan. Entre ellas quizá las más notables son los grandes caminos, cuyos restos se conservan aun bastante bien para atestiguar su antigua magnificencia. Muchos de estos caminos atravesaban diferentes partes del reino; pero los más considerables eran los dos que se extendían desde

(5) «Era tanta la orden que tenía en todos sus reinos y provincias, que no consentía haber ningún indio pobre ni menesteroso, porque había orden y formas para ello sin que los pueblos recibiesen vexacion ni molestia, porque el Inca lo suplía de sus tributos.» (Conq. y Pob. del Perú, MS.) El licenciado Ondegardo no ve más que una invención de Satanás en estas disposiciones de las leyes peruanas, en virtud de las cuales los ancianos, los enfermos y los pobres quedaban en cierto modo independientes de sus hijos y de sus parientes más cercanos, en quienes habrían descansado naturalmente á no ser por esta invención. No hay mejor medio de endurecer el corazón, según él, que el separarlo así de las simpatías de la humanidad, y opina que ninguna circunstancia ha sido tan poderosa como esta para oponer obstáculos al desarrollo del cristianismo entre los naturales. (Rel. seg., MS.) Estas ideas son ingeniosas; pero en un país como el Perú, donde el pueblo no tenía propiedad, parece que no podía haber más alternativa para los supernumerarios que la de recibir socorros del gobierno ó morirse de hambre.

(6) Acosta, lib. VI, cap. XII—XV. Sarmiento, Relación MS., cap. X.

Quito al Cuzco, y que, partiendo otra vez de la capital, continuaban en la dirección del Sur hacia Chile.

Uno de estos caminos atravesaba la gran llanura elevada, y el otro corría por las tierras bajas y orillas del Océano. La construcción del primero fue la más difícil por la especie de terreno que atravesaba. Pasaba por ásperas sierras de nieve; había leguas enteras de galerías abiertas en la peña viva; atravesaba los ríos por medio de puentes que se mecían suspendidos en el aire; ascendía los precipicios por medio de escalinatas cortadas en la piedra; cruzaba barrancos de espantosa profundidad en sólidas paredes de ladrillos que rellenaban el hueco; en una palabra, combatía y vencía todas aquellas grandes dificultades que existen en las regiones montañosas, y que bien hubieran podido asustar al más atrevido ingeniero civil de nuestros tiempos. Calcúlase la extensión del camino, de que no quedan más que fragmentos esparcidos, en mil y quinientas á dos mil millas; y en toda su extensión se elevaban columnas de piedra como las que se usan en Europa para señalar las distancias; con intervalos fijos de poco más de una legua. Su anchura apenas pasaba de veinte pies (1). Componíase de grandes losas de piedra, cubiertas, á lo menos en algunas partes, con una mezcla bituminosa, á que el tiempo había dado una dureza superior á la de la piedra misma. En algunas partes donde se han colmado los barrancos con obra de albañilería, los torrentes de las montañas, socavando la obra durante tantos siglos, han traspasado poco á poco la base; pero á pesar de esto, tal es la cohesión de los materiales, que ha permanecido firme la base superior, atravesando aun el valle como si fuera un arco (2).

Sobre algunas de las corrientes más rápidas era preciso construir puentes suspendidos, como los llaman, y que se componían de las sólidas fibras del maguay, ó del mimbre de aquel país, que es sumamente tenaz y fuerte. Con estos mimbres se tejían unos cables que podían tener el grueso del cuerpo de un hombre. Estas inmensas cuerdas suspendidas sobre el agua, pasaban por unos agujeros abiertos en unos grandes estribos de piedra construidos en las orillas opuestas del río, donde se aseguraban con el peso de fuertes maderos. Varios de estos cables monstruosos unidos formaban un puente, que cubierto con tablas, bien asegurado y defendido por una barandilla de los mismos materiales, ofrecía un paso seguro al viajero. La longitud de este puente aéreo, que pasaba á veces de doscientos pies, y el no estar sujeto más que por dos estremidades, le daban una inclinación alarmante hacia el centro, mientras que el movimiento que le comunicaba el viajero producía una oscilación aun

(1) Dec. de la Aud. Real, MS.

«Este camino, hecho por valles hondos y por sierras altas, por montes de nieve, por tremendales de agua, y por peña viva, junto á ríos furiosos por estas partes, y ballano y empedrado por las laderas, bien sacado por las sierras, desechado por las peñas, socavado por junto á los ríos sus paredes, entre nieves con escalones y descanso, por todas partes limpio, barrido, descombrado, lleno de aposentos, de depósitos de tesoros, de templos del Sol, de postas que había en este camino.» Sarmiento, Relación, MS., cap. LX.

(2) «On avait combé les vides et les ravins par de grandes masses de maçonnerie. Les torrents, qui descendent des hauteurs après de pluies abondantes, avaient creusé les endroits les moins solides, et s'étaient frayé une voie sous le chemin, le laissant ainsi suspendu en l'air, comme un pont fait d'une seule pièce.» (Velasco, Hist. de Quito, t. I, p. 206.) Este escritor habla de sus observaciones personales, habiendo examinado y medido diferentes partes del camino á fines del siglo pasado. Véase en el Apéndice núm. 2 una descripción muy animada de esta obra magnífica: la pintura de los obstáculos que hubo que vencer para ejecutarla, se hallará en un extracto de la obra de Sarmiento que vió el camino en tiempo de los Incas.

mas terrible para el que se miraba suspendido sobre un oscuro abismo en que hervían las aguas á una inmensa profundidad. Y sin embargo, los peruanos pasaban por estas ligeras y frágiles construcciones sin temor alguno, y los españoles las han conservado en aquellos ríos en que la profundidad ó la impetuosidad de la corriente haría imposible la aplicación de los medios ordinarios para establecer comunicación entre las dos orillas. Los ríos más anchos y más tranquilos se atravesaban en balsas, especie de embarcación que aun usan mucho los naturales, en que se aplican las velas. Este es el único ejemplar de navegación algún tanto perfeccionada que se haya encontrado entre los indios de América (3).

El otro gran camino de los Incas iba por la región llana que media entre los Andes y el Océano. Estaba construido de una manera muy diferente, como lo exigía la naturaleza del terreno, que era en general bajo y en gran parte arenoso. Levantábase el camino sobre un alto terraplen de tierra, sostenido á cada lado por un parapeto ó pared; y toda la extensión de ambos lados estaba cubierta de árboles y arbustos olorosos, que deleitaban los sentidos del viajero con su perfume, y lo refrescaban con su sombra, tan agradable bajo el ardiente sol de los trópicos. En las partes de desierto arenoso que atravesaba de cuando en cuando, donde la ligereza y la movilidad del suelo no podían sostener un camino, introducíanse grandes estacas en la tierra, muchas de las cuales pueden verse aun, para indicar el curso del camino al viajero (4).

En toda la longitud de estos caminos se habían construido posadas ó *tambos*, como los llaman, á distancia de unas diez ó doce millas unos de otros, especialmente destinados para el descanso del Inca y de su comitiva, y de los que viajaban con un carácter oficial. Pocos viajeros de otra clase había en el Perú. Algunos de estos edificios tenían grandes dimensiones y se componían de una fortaleza, cuarteles y otras obras militares, que ocupaban una gran extensión de terreno, y que estaban rodeadas por un parapeto de piedra. Indudablemente su objeto era dar alojamiento á las tropas imperiales cuando atravesaban el país. El cuidado de la conservación de los grandes caminos correspondía á los distritos por donde pasaban, y siempre se empleaba en ellos un número considerable de trabajadores para atender á su composición. Esto era sumamente fácil en un país en que no se viajaba más que á pie; aunque se dice que los caminos estaban tan perfectamente hechos, que un carruaje hubiera podido correr por su superficie con la misma seguridad que en las grandes carreteras de Europa (5). Sin embargo, en una región en que los elementos del fuego y del agua están siempre activamente ocupados en la obra de destrucción, debieron desmoronarse gradualmente en cuanto les faltó un cuidado constante. Tal ha sido su suerte en manos de los conquistadores españoles, que no cuidaron de aplicar el admirable sistema adoptado por los Incas para su conservación. Pero los fragmentos rotos que aun sub-

(3) Garcilaso, Com. Real, parte I, lib. III, cap. VII.

En Humboldt se encontrará una descripción detallada de estos puentes como aun se ven en diferentes partes del Perú. (Vues des Cordillères, p. 250 y sig.) Steveson ha dado una descripción muy minuciosa también de las balsas. (Residencia en América, tomo II, p. 222 y sig.)

(4) Cieza de Leon, Crónica, cap. IX.—Relación del primer descubrimiento de la costa y mar del Sur, MS.

Este documento anónimo de uno de los primeros conquistadores contiene una descripción minuciosa, y probablemente fidedigna de ambos caminos, que el escritor vió en toda su gloria, y que coloca entre las grandes maravillas del mundo.

(5) Relación del primer descub., MS.—Cieza de Leon, Crónica, cap. XXXVII.—Zárate, Conq. del Perú, libro I, cap. XI.—Garcilaso, Com. Real, parte I, lib. IX, cap. XIII.

sisten, como los de los grandes caminos romanos esparcidos por toda Europa, prueban su grandeza primitiva, y han merecido los elogios de un juicioso viajero, no muy pródigo en general de alabanzas, que dice que «los caminos de los Incas deben clasificarse entre las obras más útiles y estupendas que en cualquier tiempo haya construido la mano del hombre (1).»

Un nuevo adelanto hicieron los soberanos del Perú en el sistema de comunicaciones que establecieron en sus dominios, introduciendo las postas del mismo modo que se conocían entre los aztecas. Sin embargo, las postas peruanas, establecidas en todos los grandes caminos que conducían a la capital, estaban fundadas en un plan más vasto que el que regia en Méjico. En toda la extensión de estos caminos se había construido edificios pequeños, á distancia de cinco millas uno de otro (2), en cada uno de los cuales se hallaba establecido cierto número de correos, ó *chasquis* como los llamaban en su idioma, para trasportar los despachos del gobierno (3). Estos despachos eran ó verbales, ó se transmitían por medio de los *quipus*, é iban á veces acompañados con un hilo del cenidor rojo que cubría la frente del Inca, y que se miraba con el mismo respeto y sumisión que el anillo de un despota oriental (4).

Los *chasquis* vestían un traje particular que indicaba su profesión. Se les educaba para este oficio y se les escogía por su rapidez y fidelidad. Como la distancia que cada correo tenía que recorrer era corta, y como tenía tiempo de sobra para descansar en las estaciones, salvaban la distancia con gran velocidad, y las noticias se llevaban por los caminos á razón de ciento cincuenta millas por día. El empleo de los *chasquis* no se limitaba á transmitir noticias y comunicaciones oficiales. Con mucha frecuencia trasportaban varios objetos para el consumo de la corte; y por este medio el pescado del remoto Océano, frutas, caza, y diferentes productos de las cálidas regiones de la costa, llegaban á la capital en buen estado, y se servían frescos á la mesa real (5). Es muy notable que esta importante institución fuese conocida en Méjico y en el Perú al mismo tiempo sin que hubiese comunicación entre ambos países; y que se haya encontrado establecida en dos naciones bárbaras del nuevo mundo mucho antes que se adoptase entre las naciones civilizadas de Europa (6).

(1) «Cette Chaussée, bordée de grandes pierres de taille, peut étre comparée aux plus belles routes des romains que j'ai vues en Italie, en France et en Espagne.... Le grand chemin de l'Inca, un des ouvrages les plus utiles et en même tems des plus gigantesques que les hommes aient exécuté.» Humboldt, *Vues des Cordillères*, p. 294.

(2) Se habla con divergencia sobre la distancia que había entre las casas de posta; casi todos los autores dicen que no pasaba nunca de tres cuartos de legua. He preferido la opinión de Ondegardo, que generalmente escribe con más conciencia y con más conocimiento del terreno que la mayor parte de sus contemporáneos.

(3) La palabra *chasqui*, según Montesinos, significa «uno que recibe una cosa.» (Mem. Antiguas, MS., cap. VII.) Pero Garcilasso, autoridad muy superior en lo que toca á su propia lengua, dice que significaba «uno que hace un cambio.» Com. Real, parte I, lib. VI, cap. VIII.

(4) «Con un hilo de esta borla, entregado á uno de aquellos orejones, gobernaban la tierra, y proveían lo que querían con mayor obediencia, que en ninguna provincia del mundo se ha visto tener á las provisiones de su rei.» Zárate, *Conq. del Perú*, lib. I, cap. IX.

(5) Sarmiento, *Relacion*, MS., cap. XVIII.—Dec. de la Aud. Real, MS.

Si hemos de creer lo que dice Montesinos, servíase en la mesa real pescado cojido á cien leguas de la capital, veinte y cuatro horas después de sacarlo del Océano. (Mem. Antiguas, MS., lib. II, cap. VII.) Esto es demasiado rápido para todo lo que no sea un ferrocarril.

(6) La institución de las postas peruanas parece haber

Por medio de estas sábias invenciones de los Incas las partes más remotas del vasto imperio del Perú se ponían en íntimo contacto unas con otras. Y mientras que las capitales de la cristiandad, separadas solamente por algunos centenares de millas, permanecían tan extrañas entre sí como si las hubieran separada los mares; las grandes capitales del Cuzco y de Quito estaban en correspondencia constante por medio de sus magníficos caminos. Las noticias de las numerosas provincias se trasmítian en alas del viento á la metrópoli peruana, gran foco en que se reunían todas las líneas de comunicación. No podía ocurrir un movimiento de insurrección, ni una invasión de la más remota frontera, sin que la noticia se comunicase en el acto á la capital; y al instante se ponían en marcha los ejércitos imperiales por los magníficos caminos del país para restablecer el órden. Tan admirables eran las disposiciones adoptadas por los despotas americanos para mantener la tranquilidad en toda la extensión de sus dominios. Esto nos recuerda las instituciones análogas de la antigua Roma cuando bajo el imperio de los Césares era señora de medio mundo.

Uno de los principales objetos de los grandes caminos era facilitar las comunicaciones militares. Formaban un ramo importante de su política militar que es tan digno de ser estudiado como el de la municipal.

A pesar de las protestas pacíficas de los Incas, y de la tendencia pacífica en realidad de sus instituciones domésticas, siempre estaban en estado de guerra. Por medio de la guerra habían ensanchado gradualmente su mezquino territorio hasta convertirlo en un poderoso imperio. Cuando esto se hubo verificado, la capital, segura en su posición central, no se vió ya espuesta al choque de esos movimientos militares, y el país disfrutó de las ventajas de la tranquilidad y el órden. Pero por más tranquilo que estuviese en el centro, la historia no hablaba de un solo reinado en que el país no estuviese en guerra con algunas de las bárbaras naciones fronterizas. La religión ofrecía un pretexto plausible para las agresiones constantes, y disfrazaba probablemente á los ojos de los Incas y á los de sus súbditos la sed de conquista que era el móvil de la guerra; como los discípulos de Mahoma que llevaban la espada en una mano y en la otra el Alcorán, los Incas del Perú no ofrecían más alternativa que el culto del sol ó la guerra.

Es verdad que su fanatismo, ó su política, se presentaba con formas menos ásperas que las que se descubren en los descendientes del profeta. Como el gran lumínar á que tributaban culto, obraban con maña mucho más poderosa que la fuerza (7). Trataban de ablandar los corazones de las tribus salvajes que los rodeaban, atrayéndoselas por medio de la condescendencia y de la bondad. Lejos de provocar las hostilidades, dejaban obrar al tiempo para que produjese su resultado el saludable ejemplo de sus propias instituciones, confiando en que sus vecinos menos civili-

causado una gran impresión en el ánimo de los primeros españoles que recorrieron el país, y encontramos muchos por menores de ellas en Sarmiento, *Relacion*, MS., cap. XV.—Dec. de la Aud. Real, MS.—Fernandez, *Hist. del Perú*, parte II, lib. III, cap. V.—*Conq. y Pob. del Perú*, M. S., y otros muchos.

El establecimiento de correos es muy antiguo entre los chinos, y quizá más entre los persas. (Véase Herodoto, *Historia Uriana*, sec. XCVIII.) Es singular que una invención destinada á servir á los fines de un gobierno despótico, solo haya recibido su aplicación completa bajo los auspicios de un sistema liberal, pues en ella tenemos el germen de este hermoso sistema de mutuas comunicaciones que une á todas las naciones de la cristiandad, como si constituyesen una vasta república.

(7) «Mas se hicieron señores al principio por maña que por fuerza.» Ondegardo, *Rel. prim.*, MS.

lizados se someterían á su cetro convencidos del bienestar que les aseguraría. Cuando este sistema no producía el deseado efecto, empleaban otras medidas, pero siempre de carácter pacífico, y trataban de atraerlos á su dominio por medio de negociaciones, de un trato conciliador, y de regalos á sus hombres principales. Por fin hacían uso de todos los medios tan familiares á los hombres políticos más sutiles de una nación civilizada para conseguir la extensión de su imperio. Cuando todos los esfuerzos de esta clase eran inútiles se preparaban para hacer la guerra.

Sacaban sus soldados de todas las diferentes provincias, aunque más de algunas en que el carácter de los habitantes era más acomodado á los trabajos de la guerra (1). Parece probable que se pudiese llamar á las armas á todo peruano que hubiese llegado á cierta edad. Pero la rotación del servicio militar y los ejercicios periódicos que verificaban los habitantes de los pueblos dos ó tres veces al mes, hacía que los soldados fuesen generalmente algo más que una milicia indisciplinada. El ejército peruano, que al principio era poco considerable, llegó á ser en los últimos tiempos del imperio con el aumento de la población, sumamente numeroso, de modo que sus monarcas, según nos aseguran los contemporáneos, podían ponerse al frente de doscientos mil hombres. En su organización militar manifestaban la misma destreza y el mismo respeto al órden que en las demás cosas. Las tropas se dividían en cuerpos que correspondían á nuestros batallones y compañías, mandadas por oficiales de diferente graduación, desde el ínfimo subalterno hasta el Inca noble que mandaba en jefe (2).

Sus armas eran las que usaban todas las naciones, bárbaras ó civilizadas, antes de la invención de la pólvora, arcos y flechas, lanzas, dardos, una especie de espada corta, una hacha de combate ó artesana, y hondas, en cuyo manejo eran muy diestros. Sus lanzas y flechas estaban armadas en la estremidad con pedazos de cobre ó más comunmente de hueso, y las armas de los nobles tenían muchas veces adornos de oro y de plata. Cubríanse la cabeza con cascos de madera ó de pieles de fieras, espléndidamente adornados á veces con metales y piedras preciosas, y con el plumaje brillante de los pájaros de los trópicos. Estos adornos, por supuesto, correspondían exclusivamente á las clases elevadas. Los soldados rasos vestían el traje peculiar de sus provincias, y se ceñían la cabeza con una especie de turbante de telas de diferentes colores que producía un efecto alegre y animador. Sus armas defensivas se componían de un escudo y de una túnica de algodón entretelada, á manera de la que usaban los mejicanos. Cada compañía tenía su bandera particular; y el estandarte imperial, más elevado que todas las demás banderas, desplegaba la brillante enseña del arco-iris, emblema de los Incas, que indicaba sus pretensiones de hijos del cielo (3).

Por medio del sistema completo de comunicaciones establecido en el país, bastaba poco tiempo para reunir los reclutas de los puntos más remotos. El ejército se ponía bajo las órdenes de algún jefe de mucha experiencia, individuo de familia real, ó lo que era más frecuente, lo mandaba el Inca en persona. La marcha se hacía con rapidez y con poca fatiga para el soldado, porque en los caminos había á distancias

(1) Ondegardo, *Rel. prim.*, MS.—Dec. de la Audiencia Real, MS.

(2) Gomara, *Crónica*, cap. CXC.—*Conq. y Pob. del Perú*, MS.

(3) Gomara, *Crónica*, ubi supra.—Sarmiento, *Relacion*, MS., cap. XX.—Velasco, *Historia de Quito*, t. I, páginas 176—179.

Este último escritor da un catálogo minucioso de las antiguas armas del Perú que contiene casi todo lo que usa el soldado europeo, con la escepción de las armas de fuego.—Esta omisión prueba juicio en el autor.

iguales unos de otros cuarteles en que encontraba todo lo que podía necesitar. Aun se encuentran en muchas partes del país fragmentos de obras militares construidas con pórfiro ó granito, y destinadas, según nos asegura la tradición, á alojar al Inca y á su ejército (4).

También de cuando en cuando, con intervalos fijos, se encontraban almacenes llenos de grano, armas y toda clase de municiones de guerra que el ejército pudiese necesitar durante su marcha. El gobierno cuidaba escrupulosamente de que estos almacenes, que se surtían de los depósitos del Inca, estuviesen siempre llenos. Cuando los españoles invadieron el país, sostuvieron durante mucho tiempo á sus ejércitos con las provisiones que en ellos encontraron (5). Prohibíase al soldado peruano que causase el daño más leve á las propiedades de los habitantes del territorio por donde pasaba. El que violaba esta orden era castigado con la muerte (6). El trabajo del pueblo vestía y alimentaba al soldado, y los Incas querían prudentemente que este no le hostilizase. Lejos de ser una contribución sobre las faenas del agricultor, ni aun siquiera una carga incómoda para su hospitalidad, los ejércitos imperiales atravesaban el país de un extremo á otro, sin causar más molestia á los habitantes que una procesion de pacíficos ciudadanos, ó una reunion de milicianos, que se citan un día de fiesta para divertirse con una revista.

Desde el momento en que se declaraba la guerra, el monarca peruano hacía toda clase de esfuerzos para reunir cuanto antes á sus tropas, para poderse anticipar á los movimientos del enemigo, ó impedir una combinación con sus aliados. Por desconocer este principio de combinación militar las varias naciones del país, que pudieran haber vencido con sus fuerzas confederadas, cayeron unas tras otra bajo el yugo imperial. Pero cuando ya estaba el Inca en campaña no solía manifestarse dispuesto á llevar sus ventajas hasta el último grado, ni á colocar á su enemigo en una situación desesperada. En cualquier estado en que se hallase la guerra, estaba dispuesto á escuchar proposiciones de paz; y aunque trataba de someter á sus enemigos llevándose sus cosechas y sitiándolos por hambre, no consentía que sus tropas atacasen cuando no era necesario ni las personas ni la propiedad. «No debemos destruir á nuestros enemigos, se dice que exclamaba un príncipe peruano, porque pérdida nuestra sería, ya que ellos y todo lo que les pertenece será pronto nuestro (7).» Esta era una máxima sabia que, como todas las de esta especie, se fundaba

(4) Zárate, *Conq. del Perú*, lib. I, cap. XI.—Sarmiento *Relacion*, MS., cap. LX.

Condamine habla de muchas de estas fortificaciones esparcidas en la region que media entre Quito y Lima, que vió durante su viaje por la América del Sur en 1737, y que describe muy minuciosamente.—*Mémoires sur quelques anciens Monuments du Pérou*, du temps des Incas, ap. *Historie de l'Académie Royale de Sciences et des Belles Lettres* (Berlin, 1748), t. II, p. 438.

(5) «E así cuando, dice Ondegardo, hablando por su propia experiencia, el señor presidente Gasca pasó con la gente de castigo de Gonzalo Pizarro por el valle de Jauja, estuvo allí siete semanas á lo que me acuerdo, se hallaron en depósito maíz de cuatro y de tres y de dos años más de 15 mil hanegas junto al camino, é allí comió la gente, y se entendió que si fuera menester muchas más, no faltarán en el valle en aquellos depósitos, conforme á la órden antigua, porque á mi cargo estuvo el repartirlas y hacer la cuenta para pagarlas.» *Relacion seg.*, MS.

(6) Pedro Pizarro, *Descub. y Conquista*, MS.—Cieza de Leon, *Crónica*, cap. XLIV.—Sarmiento, *Relacion*, MS., capítulo XIV.

(7) «Mandábase que en los mantenimientos y casas de los enemigos se hiciese poco daño, diciéndoles el señor, presto serán estos nuestros, como los que ya lo son; como esto tenían conocido, procuraban que la guerra fuese la más liviana que ser pudiese.» Sarmiento, *Relacion*, MS., cap. XIV.